

Como antropófagos pueden ser equiparados á los nyam-nyam. Según la descripción que hace Junker de la tribu mombuttú de los mambangas, no entierran éstos ningún cadáver, sino que lo venden á los que habitan lejos del lugar, pues estas gentes repugnan el comerse á los próximos parientes. Además, son devoradas todas las víctimas que el oráculo, al ser consultado sobre un asesinato, designa como asesinos. La carne humana se come con el aditamento del llamado manjar de Lugma (plato hecho con harina) y en alegre banquete.

Poco sabemos acerca de la religión de los mombuttú: en armonía con la antes citada afinidad de lenguaje, Schweinfurth encontró la palabra *Noro* para designar á Dios y también al cielo, *Nor* es la expresión que para la idea de Dios tienen los nubios. La circuncisión se practica al entrar el individuo en la pubertad y tiene tanta mayor importancia cuanto que es la única deformación que allí se lleva á cabo.

La superioridad general que sobre otras tribus negras tienen los mombuttú es mayor que la de los nyam-nyam, especialmente en lo que se refiere á su superioridad artística, á la posición que entre ellos ocupa la mujer y á la más sólida noción que del Estado tienen. De sus progresos en materia de objetos artísticos de madera, trenzados, arcilla y hierro hemos visto ya varias pruebas. Por lo que hace á la vida de familia podemos recordar un hecho que refiere Emín Bei en su viaje al Mudirih Rohl (1882): la esposa de un noble mombuttú llamado Gambari, que había sido reducido á la esclavitud por los danaglas, hizo el largo camino desde el país mombuttú hasta Lado para pedir la libertad de su marido; cuando, durante el viaje, se enteró de que ya estaba libre y formaba parte del séquito de Emín Bei, dirigióse apresuradamente por el país nyam-nyam á Bufi para dar las gracias al gobernador general. Tal proceder inspirado por el propio impulso, que causó la admiración de todos, era consecuencia de la elevada condición que tiene la mujer entre los mombuttú.

Desde el punto de vista político, recordaremos otro rasgo citado por el propio viajero: «Esencialmente diferentes de los demás negros, manteniéndose los mombuttú estrechamente unidos y parecen profesar verdadero amor á su patria.»

Por efecto de la aniquiladora influencia árabe este país se ha fraccionado tanto como el de los nyam-nyam: no sólo sucumbió el antiguo reino mítico de este pueblo antes de que llegaran allí los extranjeros del Norte y del Este, sino que también ha desaparecido aquel estado de cosas que tan bellos cuadros inspiró á Schweinfurth. El lujo y la grandeza de Munsá han perecido del mismo modo que los de sus regios compañeros que se distribuían la soberanía del territorio.

Cuando Junker visitó, á fines de 1880, el sitio donde en otro tiempo se levantaba el palacio real «un mar de verdura cubría la falda de aquella colina de suave pendiente.»

El propio Munsá sucumbió víctima de la bala de un vencedor. Desde Nablingali, abuelo de Munsá citado por Junker, hasta la actualidad, nos encontramos con un proceso de continua decadencia; en tiempo de aquel soberano, el país era todavía, al parecer, un solo territorio y probablemente siguió siéndolo durante el reinado de su hijo Tukuba, pero luego vino la división entre los hijos de éste, Sadi, Munsá, Ssanga, Numa y Mbilia, y entonces aquel país floreciente y en extremo poblado se convirtió en sangriento campo de la trata de esclavos. ¡Triste y uniforme historia de los negros!

## CAPÍTULO XI

## LOS PUEBLOS DE LOS TERRITORIOS MÁS INTERIORES DEL ÁFRICA CENTRAL

Permanecen inmóviles; el progreso es cosa para ellos desconocida.

LIVINGSTONE, hablando de los manyemas

Indole de nuestros conocimientos. — Identidad esencial de estos pueblos con los demás negros. — Movimiento de pueblos en la cuenca del Congo. — Los tschakas ó djaggas. — Tatuaje. — Peinados. — Estilo arquitectónico de los manyemas. — Población densa. — Antropofagia. — Fraccionamiento político. — Cazas de esclavos. — Actividad económica. Mercados. Habilidad artística. Hierro. Canoas. Agricultura.

El espacio comprendido entre el reino Lunda al Sud y los países del Sudán al Norte y entre la última estación árabe de Nyangwe al Este y las extremas avanzadas de los comerciantes de las costas atlánticas al Oeste, está ocupado en nuestros mapas, en su mayor parte, por la muchas veces citada mancha blanca del ignorado interior del África. Lo que de este país conocemos son algunos territorios situados al borde del mismo, que nos han sido mostrados por un solo viajero, y luego el valle del Congo central que atravesó en toda su extensión Stanley en su famoso viaje de exploración, mientras que Pogge y Wissmann cruzaron más tarde la mitad meridional. Comparando unos con otros estos conocimientos, á la verdad muy incompletos, podremos formarnos ciertas ideas que no dejarán de tener su valor para la noción general de la etnografía del África. Son hechos seguros: primero, el resultado negativo de que los pueblos de esta región no se diferencian esencialmente, ni desde el punto antropológico ni desde el etnográfico, de los demás pueblos negros; segundo, la presencia entre los negros propiamente dichos de una pequeña raza bosquimana; y tercero, el predominio de la agricultura. Los idiomas que allí se hablan son, según todas las apariencias, dialectos de la lengua bantú, no sabiéndose de una manera positiva si las dispersas comunidades de la citada pequeña raza hablan un idioma esencialmente distinto. Entre las costumbres de estos pueblos encontramos muy extendida la antropofagia. En punto á trabajos en hierro y á la navegación, parecen pertenecer á los pueblos más hábiles. En la construcción de chozas el estilo cuadrangular sustituye al cuneiforme. Por último á este territorio pertenecen algunas de las partes más pobladas del África interior.

Prescindiendo de los enanos, de quienes ya nos hemos ocupado anteriormente, hemos de hacer constar la existencia en estos territorios de la misma mezcla de pueblos de color claro y de color oscuro que puede considerarse como regla general en las regiones orientales del África. De aquí los juicios tan opuestos que acerca de las razas de este territorio se han emitido. Hablando Stanley de un pueblo del Congo central al que denomina amu-nyam, dice que sus individuos son los seres más deformes y repugnantes de cuantos ha visto. Análoga es su opinión acerca de los habitantes de Uhombó, mientras que Livingstone encuentra entre los manyemas más digna de alabanza su estructura corporal que sus dotes espirituales. Muy cerca de los primeros viven los wakumus, designados como «caníbales de color claro,» llegados á ese país procedentes del Nordeste y de los cuales hay que hacer notar, en punto á las diferencias de pueblos que en esta comarca aparecen, que pasaron el Congo después de haber conquistado el país de Uregga.

El hecho de esa aglomeración de pueblos, tan distintos

exteriormente entre sí, es en el África habitada por los negros, en cuyo centro nos encontramos, un fenómeno tan común que no merecería llamar la atención, si algunas relaciones históricas de grandes movimientos de pueblos no señalaran precisamente esta comarca como teatro de los mismos y no prometiesen por ende una clave para esta amalgama, clave con la cual hemos de contentarnos, aunque no como un hecho que excluya toda otra investigación. Cuando en 1490 llegó á la presencia de Mani Congo, rey del país del bajo Congo residente en Ambasse, la segunda embajada portuguesa, recibióse la espantosa noticia de la aproximación de un gran pueblo llamado de los mundequetes que vivía en los lagos en donde nacía el Congo y que se había allí sublevado contra la soberanía de ese monarca. Al tener noticia de esto, Mani-Congo y muchos millares de sus súbditos se hicieron bautizar y marchando como cristianos contra los sublevados, los derrotaron, después de lo cual los portugueses pudieron, acompañados de algunos indígenas, dirigirse al interior, en donde al parecer descubrieron los lagos de la región del alto Congo. Estos pueblos enemigos de los del Congo llevan además del mundequetes, el nombre de djaggas, dschaggas, ó schaggas; esta palabra es la que usan los cafres del Sudeste para designar á los soldados ó tropas jóvenes. Según las descripciones que de aquel tiempo poseemos, son antropófagos, sacrifican á los niños, embalsaman sus muertos, entierran en vida á las mujeres con sus maridos difuntos y se afilan los dientes. De la misma manera que los zulús de nuestros tiempos, hacían ingresar en sus filas á los jóvenes de los pueblos vencidos y de esta suerte veían aumentar continuamente sus fuerzas. Más tarde, según parece, dejaron de aparecer en el Congo, pero en cambio empujaron desde el interior á otros pueblos, en muchos rasgos á ellos parecidos, que á nuestro modo de ver, habitan hoy las costas occidentales.

En punto á las manifestaciones exteriores de algunos de estos pueblos, merece notarse especialmente una gran perfección del tatuaje, parecido al de los tuschilanges y al de los habitantes de Rubunga en el Congo central, como no se encuentra en ningún otro pueblo negro. Quizás los que más se le parecen son los schulís del territorio del Nilo. También observamos en ellos las mutilaciones usuales de los dientes, pero lo que interesa mucho más que esta costumbre, propia de todas las regiones de África, es el hecho de existir allí, según oyó decir Stanley en el territorio del Congo, un «pueblo con los dientes afilados en punta,» llamado de los wasongosamemos. Entre los pueblos que Nachtigal oyó citar como pueblos fronterizos poco conocidos, hay los mannas que también se afilan los dientes. Sin embargo, la mayoría de los que habitan este territorio se contentan con arrancarse los dos incisivos centrales de la mandíbula inferior y algunos también los de la superior. Los peinados en nada ceden á los de los demás negros. Entre los manyemas, wareggas y otras tribus encontramos gorros de pieles, especialmente de lemur y de mono. La costumbre de pintarse el cuerpo sólo se practica como signo de hombre de guerra.

El armamento de los pueblos que nos ocupan se caracteriza por la variedad de cuchillos, destales de combate y mazas arrojadas: el cuchillo arrojado (el *trombadsch* de los sandehs) parece estar extendido sólo al Norte del Congo; esto no obstante, nos habla Max Buchner de un cuchillo de los lundas cuya forma tiene cierta semejanza, aun-

que remota, con aquél, pues su mango y su hoja constituyen un ángulo recto. Nachtigal pudo casualmente conocer las armas de los pueblos paganos baghirnios meridionales cuando llegó al campamento del fugitivo rey baghirnio Abu Sekkim, en donde se hallaba reunido un ejército de 15,000 hombres compuesto en su mayor parte de pueblos paganos auxiliares. Allí encontró como arma casi indispensable el hierro arrojado, del cual algunos llevaban varios ejemplares (hasta cinco). No eran tan numerosas las clases de lanzas y de venablos, por más que todos los llevaran consigo: menos abundaban todavía los cuchillos, cuya fabricación no alcanzaba entre aquellas tribus el grado de perfección que tenían en el territorio del Congo y al Sud de éste: los búas y los saras eran los únicos que los poseían, fabricados realmente por ellos mismos. Una de las armas más extrañas era la que llevaban los gaberis y especialmente aquellos que en los tiempos de guerra construían sus viviendas en lo alto de los árboles: consistía en proyectiles de mano de medio metro de largo, fabricados con caña dura cortada por un extremo á manera de pluma de escribir y teniendo en el otro un pedazo de barro fusiforme. Algunos búas llevaban también un arma especial para parar los golpes, que consistía en un cilindro de marfil hueco, por el cual se introducía al antebrazo y que servía para parar los proyectiles de mano y las puñaladas. Algunos búas llevaban una especie de chaquetas de piel sin mangas, que les servía más de coraza que de vestido y cuyo pelaje aparecía en la parte exterior. Los escudos eran muy imperfectos y consistían en pieles de búfalo cuadradas y lisas, con el pelo hacia fuera. De las demás tribus, la mayoría llevaba unos escudos de dos metros de alto, estrechos, ovalados, de superficie convexa, hechos con piel de búfalo ó de entrelazado de cesta: estos escudos, por lo estrechos, más servían para parar golpes que para cubrir el cuerpo. Los manyemas conocen el uso de las telas de corteza: el traje casi general de estas tribus lo forman pieles atadas á la cintura.

La construcción de chozas y el emplazamiento de las aldeas tienen entre esos pueblos un carácter propio. En Manyema comienza á encontrarse un estilo de arquitectura muy distinto del que se emplea en el África oriental y que recuerda las cabañas cuadrangulares de la costa occidental y de los mombuttú. Ese estilo, con el cual coinciden poblaciones muy densas y villas muy grandes, empieza á verse en las primeras aldeas de los manyemas. Stanley, hablando de Riba-Riba, aldea fronteriza oriental de los manyemas, dice: «En vez de la arquitectura cuneiforme de las cabañas, aparece aquí la choza cuadrangular con un techo no tan perpendicular sino más oblicuo, construido con latas y entrelazado y á veces, especialmente entre los manyemas, cubierto por una ligera capa de limo.» La diferencia entre estas cabañas, que recuerdan más nuestras casas, y las de los demás pueblos este-africanos aparece muy marcada por la forma extremadamente cónica que presentan las chozas de Uhombó en las fronteras de Manyema. Con la nueva arquitectura coincide un nuevo sistema de emplazar las aldeas: en efecto, en vez de la agrupación circular alrededor de un punto central, encontramos una ó más calles regulares de 30 á 45 metros de largo, á cuyos lados se levantan, en línea bastante recta, chozas bajas y cuadrangulares. A un extremo de esta calle ó á ambos lados de la misma, levántase el edificio destinado á los consejos ó á los coloquios sociales, desde el cual puede vigilarse la calle de la aldea. Las paredes de las casas son de barro y resistentes. La fachada posterior mira á la parte de la lluvia y está protegida